

meridades; el genio de la música encarnado en una mujer de éstas, digo, por fuerza da golpe en cualquier parte, el golpe que dió la Esmeraldita en las naciones cultas de Europa, esas que tienen la más delicada porción de la cultura en el oído. Strauss, Lanquenbach se quedaron mudos de asombro cuando la oyeron á la bella catalana y, triunfantes, la pasearon por las cortes de más rumbo, presentándola á las testas coronadas. Viena, Berlín, París, ¿en qué gran ciudad no mostró su linda cara la española, su cara musical, de cuyas facciones se levantan con sólo mirarla sombras de armonía que vuelan dando ayes apasionados, pero mudos? El genio no se enriquece: el genio vive de miseria, muere de hambre, oculto y olvidado, como Cristóbal Colón, como Cervantes: su herencia es incredulidad é ingratitud de los demás, cuando no persecución y muerte. Esmeralda ha visto acumularse los bienes de fortuna en torno suyo como por encantamiento; la endiosan halagos y distinciones; no la persigue la calumnia ni la combate la envidia; luego no es el genio. Pero es la suya alma tan armónica, su habilidad tan cumplida, su arte tan perfecto, que á boca llena podemos decir que tiene genio para la música, y genio especialísimo para el arpa. ¡Y digo si habrá parecido bien la señorita á las señoras reinas cuando, después de una noche de embeleso, ha salido de sus palacios cargada de diamantes y rubíes, joyas que conserva como altos recuerdos de sus triunfos!

Así como Esmeralda Cervantes tiene genio para el arpa, así Teresa Carreño lo tiene para el piano: el maestro Listz sabe si esa bella americana dió con el secreto de su instrumento, y si las teclas de marfil debajo de sus dedos son

intérpretes elocuentes de esa alma noblemente apasionada. Cuando la inteligencia no se remonta en frenesí divino á los ámbitos oscuros é infinitos de la creación, no cobra proporciones de genio. De tener genio para una cosa á ser un genio va tanta diferencia, como de ser hombre distinguido á ser grande hombre. El que tiene genio para la poesía, la música, la pintura, despierta, digamos así, un afecto moderado que suple con el cariño lo que falta de admiración: el genio, al contrario, se propaga en su ascendiente en términos que la superioridad suya, gravitando fuertemente sobre los hombres comunes, los irrita y, mal enojados éstos de tener que verle para arriba, le juran odio y muerte. Es cosa incomprensible la antipatía que los hombres altamente superiores despiertan en el vulgo: uno de los más ardientes apasionados de lord Byron refiere que cuando le vió la vez primera, una súbita crispatura de nervios le advirtió que aborrecía á ese hombre, sin saber quien fuese. Entró éste á una biblioteca en una de las ciudades de Italia, negra y crespa la cabellera, pálido el rostro, claudicando elegantemente; figura por todo extremo hermosa, dice su biógrafo, pero de repulsión invencible. Cuando supo quien era, y vió el alma de ese varón excelso derramada en sus obras, el odio espontáneo se le volvió cariño y respeto profundos. No de otro modo el que veía desde luego al gran escritor Gibbon le aborrecía; bien es verdad que éste era feo; pero la antipatía no de lo feo, mas antes de lo grande: el vulgo se venga de su inferioridad con el aborrecimiento.

No hay quien no tenga genio para alguna cosa: esta inclinación particular de cada persona á las ciencias, las

artes, los oficios, es origen de la civilización y la sabiduría con que resplandecen cuál más cuál menos las épocas del género humano. Genio para la guerra, genio para las ciencias, genio para las artes, de todo hay en el mundo : las obras de estos individuos, cada una en su departamento, son perfectas, por cuanto sus facultades, tirando todas á un centro, vienen á componer una muy grande y fuerte, de la cual resultan las obras maestras en todos los ramos de la habilidad y el saber humano. Entre *tener genio para, ser el genio de, y ser un genio*, hay abismos que sólo puede llenar el *entelechia* con su misteriosa abundancia.

Habiendo oído un sátrapa de Jonia sus más sublimes entonaciones al músico Ismenias, exclamó : « Con más gana oyera yo los relinchos de mi caballo ». Hay en efecto personas organizadas de manera que son indiferentes al canto del ruiseñor, si ya no le acometen cuando este fugitivo del paraíso está llenando de armonía los mirtos de la Alhambra. El sexto sentido con el cual algunos hombres privilegiados abrazan lo bello y lo grande, parece desvío y locura á los demás; y donde esos están agitando su espíritu ferviente en los ámbitos de un universo invisible, éstos se quedan en el suelo, riéndose de los insensatos que vuelan por los mundos escarpados de la imaginación y la quimera. Hablad del genio, y allí os salen al paso hombres de buen entendimiento, eruditos por ventura, á deciros que no existe en castellano y es plagio miserable de la lengua francesa, lo que ellos, en su tacañería, llaman *galicismo*. Si no hubiera genio en España, la nación española fuera la más infeliz de todas : pobre nación, ciertamente,

esa donde no hay sino ingenio. Facultad tan común es ésta que, fuera de los tontos, no hay quien no lo tenga : un mal poeta puede tenerlo; y siendo ingenioso se halla tan lejos del genio, que no alcanza ni el poder de conocerle y admirarle en los demás. Ingenio es talento, inteligencia repartida, con desigualdad, pero repartida en casi todo el género humano; al paso que genio es don rarísimo, virtud que constituye el alto privilegio con que Dios mejora á los predestinados de su amor, esos hombres-águilas cuya audacia es igual á la fuerza con que levantan el vuelo y se pierden por las regiones infinitas. Genio, dicen pedagogos de maestría encerrada en la materia, es ingenio y nada más : si en español tenemos ingenio, para nada necesitamos *el genio* de los franceses. Los franceses tienen también ingenio, y no por esto califican el genio de cachivache de poner á un lado : su ingenio es el *esprit*, su genio el *génie* resplandeciente, ese carbunco casi fabuloso cuya luz propia alumbra un vasto campo y deslumbra á los profanos, como el que iluminaba la roca de Albraca, y ese que, puesto sobre el yelmo de Godofre de Bullon, servía de antorcha á los cruzados. Mezquinos por demás se conceptuarían los franceses si no tuvieran más que talento y chispa : lo que endiosa á esa nación perinclita es el genio, virtud incomprendible por medio de la cual sus grandes hombres componen las obras maestras de la pluma, la palabra y la espada : Bossuet, el *Discurso acerca de la Historia universal*; Massillon, sus *Oraciones fúnebres*; Napoleón, la conquista de Europa. ¿Qué absurdo no sería contentarnos con llamar á Racine hombre de ingenio? ¿hombre de ingenio y nada más el que concibió y dió forma á la Athalia? Sófocles, ordenando en su cabeza la trama prodigiosa del *Edipo*

rey, no es un simple poeta de ingenio como todos; es un genio; un genio como Demóstenes que vuelve ceniza con la palabra á los enemigos de su patria, y le hace temblar á Filipo en medio de sus macedonios. Iseo, Andocides, Nisias son oradores ingeniosos; si Demóstenes no es más que hombre de ingenio, ¿en qué se distingue, pues, de esos que, siendo grandes, tienen que mirarle para arriba como á un dios? Si volvemos á los modernos, el poeta de *El Cid*, el autor de *Don Juan* son hombres de genio, son los genios que han levantado á su patria al pináculo de la gloria. Los que forjan en el Etna las armas de los dioses, borneando ese martillo capaz de desbaratar un mundo; los que ponen monte sobre monte para tomar el cielo por asalto; los que necesitan un mar para verse la cara, no son hombres como todos; son gigantes, hijos de Opí, que de un tranco han recorrido una nación, y se van de polo á polo del medio día á la noche.

Hombres de ingenio, en Francia, son Luis Veuillot, Emilio de Girardin, Julio Verne: ¿acaso á éstos les aplican sus compatriotas el dictado de genios? Genios son Corneille, Racine, Molière; genios Bossuet, Fenelón, Mirabeau; genios Talma, la Rachel, la Malibrán, Mirad qué mundos entre los hombres de ingenio y los genios en la Gran Bretaña: sus oradores de mérito son muchos: ¿con cuál calificativo distinguís de ellos á lord Chatham, *el gran pechero*, ese que se las hubiera tenido tiesas á Demóstenes? Alfredo Tennyson es bardo de ingenio; pero no es el genio, como Byron. Y si á cualquier hábil almirante de los que gobiernan las flotas de la reina de los mares le ponéis en docena con el vencedor de Trafalgar, en vano se habrá

levantado Néelson sobre todos los hijos del Océano y mirádoslos para abajo, como si su tierra se hallara entre la nuestra y la bóveda celeste. Villeneuve, Gravina, don Cosme de Churruca son oficiales valientes y entendidos: Napoleón en tierra firme, Néelson en el teatro del agua eterna, son genios. Los hombres de ingenio abundan en Italia; los genios allí mismo son raros: entre los de nuestro siglo, no hay ninguno, sino es en la política el conde de Cavour; en las letras humanas, Manzoni mismo, ni por alto, alcanza las proporciones del genio; es hombre superior, eminente; pero no de la talla de Dante, el Ariosto, el Tasso. ¿Y qué atrevimiento es ese de robarle en Alemania á Goethe la mayor parte de sus grandiosas facultades llamándole ingenio á secas? Goethe es un genio, Schiller otro: Enrique Heine es hombre de ingenio, buen poeta. Si ni por notoria queréis apreciar esta diferencia en haciéndola yo, probad á disputarle á Horacio la verdad de ella, y veamos cómo os tomáis con el padre de las humanidades. «No honréis, dice, con el hermoso título de genio sino al ingenio sublime que se expresa en noble y majestuosa manera (1)». El sublime, el sublime de Longino es requisito indispensable del genio. El ingenio puede ser modesto, humilde, y hasta bajo: el genio es sublime, siempre sublime; y sublimidad no existe sin grandioso atrevimiento, fuerza incontrastable, ímpetu irresistible. El ingenio es juicioso, tímido muchas veces: su vuelo no traslimita el espacio de una apocada sensatez: el genio se agita en una como demencia celestial, bate las alas impetuosamente y, encendidos los ojos, se dispaata, bien como el

(1) Sátiras.

rey de los aires desde la cumbre del Atlas, ó como el nuncio de Dios atraviesa el universo cual meteoro divino. El genio, puesto sobre su tripode, levanta la frente al cielo, sacude la melena, devora el espacio con la vista y exclama : *Veni creator, spiritus*. El espíritu creador desciende sobre él, le ilumina, le posee, y ese mortal divinizado por esa temible visita echa afuera torrentes de inteligencia en forma de poemas, templos, óperas, estatuas, cuadros y batallas.

Para que estas cosas sean grandes, para que alcancen la admiración perpetua del mundo, y se estén allí expuestas en el museo universal como obras ante las cuales el deseo de imitación es osadía, preciso es, quién lo creyera, que en su seno lleven escondida la imperfección que nace del grano de locura que no puede faltarle al genio; ese grano de locura que el mismo Horacio exige como condimento de las obras de alta inspiración, y Séneca requiere aun en la filosofía. El grano de locura de Séneca y Horacio es la pimienta que comunica el mordicante delicioso, tan necesario para la lengua y el paladar civilizado; es la mostaza con que los europeos más descontentadizos dan fuerza y gusto formidable á sus manjares. Yo supongo que el ingenio pulido es leche, miel que recogéis en vuestro panal doméstico : el genio es vino fuerte, pero generoso, productor de embriagueces y devaneos celestiales; carne de león compuesta de manera que pase con agradable furor por el gargüero de sólida contextura, y el estómago bien templado la resista, sacando de ella las vísceras humanas esos jugos creadores de la potencia olímpica. El genio es Musa enfurecida : el hombre de genio, si piensa, piensa con pro-

fundidad; si padece, padece con intensión; si ora, ora con violencia, como la Magdalena : tira para el un lado, y se da contra el polo ártico; echa para el otro, y se estrella contra el antártico : se levanta, y rompe con la cabeza el firmamento; desciende, y cae en el centro de las tinieblas. El genio es loco; empero de su locura corre la sabiduría en raudales que bañan é iluminan la tierra. Ingenio no es sino inteligencia aguda; genio es facultad múltiple, compuesta de facultades muchas y muy grandes. El carácter entra en el genio; el ingenio no necesita de él : valor, audacia, don de profecía, entendimiento excelso, voluntad poderosa, sensibilidad exquisita, ímpetu, orgullo, tesón, partes del genio : incompleto sería éste si le faltasen las principales. Sin audacia, no acometiera las obras que acomete : sin valor, su audacia fuera alevosía. Sin don profético, sus aciertos fueran acasos; sus vaticinios, fallidos casi siempre. Sin elevado entendimiento, no anduviera recogiendo por el mundo su gran caudal de ideas. Sin fuerte voluntad, le faltara empuje : sin tesón, nada concluyera. Sin sensibilidad extraordinaria, no sintiera esas cosas que siente, tan terribles unas veces, tan agradables otras. Sin orgullo, no mirara de hito en hito al sol, como el águila; no sacudiera la greña en majestuosa fiera, como el león : el genio es león, águila, tórtola apasionada, viento encendido del desierto, tempestad del océano, sensitiva que se encoge y oculta al menor ruido de la atmósfera, volcán que vomita fuego, trueno que revienta y va rodando del un extremo al otro de la bóveda celeste. ¿Le convienen al ingenio por ventura estas grandezas?

En el genio hay mucho de irregular y salvaje : mirad

esta colina que parece redondeada por mano del hombre : sus derrames bajan hasta el prado en suave declivio : su comba alrededor semeja los abultamientos excitadores de la mujer hermosa. Cubierta está de verde hierba, de entre la cual brotan á salto de mata florecitas de colores varios, amarillas, azules y purpúreas. Un toro negro, lucio, con su cara de braveza apacible, va subiendo mugiendo lentamente : allá en la cumbre está una vaca pintada, la cual tiene con él sus primeros amores. Doy que al pie de esta culta prominencia corra un arroyo saltando por entre guijos blancos, cubiertas sus orillas de retamas odoríferas : esta colina agraciada, elegante, voluptuosa si gustáis, es el ingenio. Todo es regular y fácil en ella : ni ásperas quiebras, ni bravíos torrentes, ni hayas gigantescas, ni bóreas desencadenados. Ahora ved en la cordillera cómo arranca para arriba esa montaña, rompiendo las nubes que le ponen sitio, y muestra por sobre ellas la frente luminosa ! Desde sus faldas principia la aspereza que la vuelve inaccesible ; romped por esas breñas : he allí esa grieta profunda en cuyo fondo obscuro se pierde la vista intimidada : el buitre está sentado sobre una piedra grande como una casa, que parece á punto de rodar al abismo : la paja silvestre gime en brazos del viento, víctima de esas caricias heladas con que intenta seducirla y esa fuerza con que la está arras-trando eternamente hacia un teatro desconocido de placeres funestos. Allá, á la distancia, un raudal estrepitoso se desprende por entre quemados pedernales y cae, como las aguas del Aqueronte en las quebradas del Averno. Subid, subid la vista : una banda de nubes le ciñe la cintura, cual si la montaña fuera el monarca de la naturaleza : más arriba, capricho de las cosas, esa reina de la sierra muestra

la frente, y los rayos del sol en el ocaso la coronan de luz, llegando á ella en largos choiros horizontales. Este es el genio.

Thompson, con su lindo poema de *Las Estaciones*, es la colina ; Guillermo Shakespeare, con sus tragedias terribles, la montaña. El genio hace irrupciones en la eternidad : se mete allí por fuerza, separa violentamente sus cortinas, y echa adentro miradas escudriñadoras. Cuando vuelve, no sabe lo que hay en la eternidad, pero á lo menos sabe lo que es ella. La eternidad es la sombra de Dios : de pies en el centro de la creación, Dios hace sombra por todas partes : hacia la aurora, hacia el poniente : al norte, al sur : abajo, arriba ; y como esa sombra es sagrada, no podemos acometer á forzarla y ver lo que hay tras ella. El genio mismo no lo puede : el ingenio, el pobre ingenio, ni siquiera tiene valor para mirar esa sombra ; no sabe que existe ; no averigua cosas grandes, ni busca recónditas : no desentraña misterios, no propone dudas. Dudas, cualquiera propone, todos las abriga ; pero no de las tremendas, las sin resolución, las que pueden acarrear desgracias eternas : éstas son aventuras del genio : él las acomete, él deshace encantos muchas veces, y otras, vencido, caído, pero no rendido, está allí aleteando como águila herida, desesperada y moribunda. El genio está entre Dios y el demonio : si se recuesta al primero y se embebe en él, y se pierde en su seno, es un ángel : si la atracción del segundo le hace más fuerza, y se llega á él, y se abija con las sombras, es pupilo del infierno. El uno salva y edifica, el otro destruye y condena : entrambos son poderosos. Si el genio tuviese cuerpo y sucumbiese á un inesperado cataclismo, cin-

cuenta mil años más tarde los hijos de esa época del mundo hallarían mil estadios bajo tierra sus restos fósiles como los del gigante Anteo, ó como el *titanosaurus montanus* que Arthur Lakes acaba de descubrir en las Montañas Pedregosas.

Entre nuestros contemporáneos hay dos hombres que no se contentarían, por cierto, con que los llamásemos hombres de ingenio, equiparándolos con los muchos de éstos que abrigan en su seno las diferentes naciones de Europa; ni sería justicia en nosotros cercenarles su grandeza, achicándolos según nuestra mezquindad y nuestra envidia. Víctor Hugo se ha elevado tanto sobre sus compatriotas y sobre el mundo, que su frente está resplandeciendo allá, perdida casi en las nubes. Este anciano prodigioso, maravilla de nuestros tiempos, sonará en la posteridad, así como el viejo Homero hace con su nombre el ruido que asorda las épocas civilizadas y cultas del género humano. Hugo está poseído por una divinidad profética, y echa en grito supremo esas alabanzas, esas maldiciones; esos consejos, esos reproches; esas promesas, esas negativas con las cuales nos llena de luz ó de obscuridad, de gozo ó de melancolía, de esperanza ó de abatimiento en la senda de la vida por donde vamos adelante en busca de ese todo ó esa nada que hallaremos al otro lado de la sepultura. Víctor Hugo, aun en sus delirios inconexos, es sublime; ni puede ser de otro modo cuando Dios es el remate de sus pensamientos y afecciones. Si vuela, es águila; si ruga, león; si se agita, mar, se encrespa, sube en montes; si desciende, es abismo: se obscurece, baja, baja, y envuelto en las tinieblas arroja de allá adentro esas

voces que, como rayos que suben, llegan á la tierra ahogadas en luz divina. No hay quien resista su poder: los astros le franquean su fuego: las estrellas le cuentan sus amores: los ángeles hablan con él rompiendo el universo en viaje invisible para los mortales. Montañas, rocas, desierto, huracanes son sus amigos, con ellos departe, como Byron. Pero ese grande se hace pequeño cuando da vagidos un niño, cuando gime un pobre, cuando se lamenta una desgraciada. Vedle, ya se apea de su trono, y enjuga las lágrimas de los que padecen, y da consuelo á las aflicciones con esa dulce voz de poeta que parece haber nacido sólo para ese humilde, santo ministerio. ¿Qué mujer inocente y fervorosa ora como él? ¿qué niña perdida de amor llora como él? ¿qué madre apasionada arrulla como él? ¿qué patriota habla y triunfa como él? ¿qué héroe se dispara hacia la gloria y corre como él? ¿qué sacerdote predica como él? ¿qué profeta amenaza como él? ¿qué pontífice infunde respeto como él? ¿qué juez castiga como él? ¿qué monarca fulgura como él? Brilla como relámpago, estalla como trueno, declina como tarde, se apaga como crepúsculo, se enlobreguece como noche, y, foco de obscuridad gloriosa, arroja negros ayes de terrífica armonía. Cuando con su varilla mágica le toca en la frente á la estatua de Enrique IV, yo tiemblo: ese hombre de bronce se mueve, abre el paso, baja de su pedestal, y lento, callado, misterioso, horrible, se pierde en la obscura ciudad, y se va hiriendo con sus plantas las losas del pavimento á no sé qué lúgubre conferencia con otras sombras coronadas. Relaciones con las estatuas, quehaceres con la tumba, secretos con la eternidad, todo tiene. Pero si se halla en el campo cuando el sol se va á poner, y la luz está rociando

horizontalmente las copas de los árboles, un baño de suave melancolía toma su alma, olvida sus tratos con los espectros y los muertos, y suspira y se queja como persona que oculta pesadumbres en el corazón. Antes de que rompa el alba, es la estrella matutina; á medio día, sol; de noche, luna inundada de tristeza. Dejad que amanezca Dios : he allí que el ruiseñor se despierta, y se sacude para ponerse en punto, y mira al cielo, y canta en inefable gozo la belleza del mundo, la gloria del Omnipotente.

Si la fama guarda proporción con el mérito, Emilio Castelar ha traslimitado el círculo de la grandeza común, y es grande de primera clase en esa heráldica resplandeciente donde están amontonadas las condecoraciones de la inteligencia y la sabiduría. El telégrafo se apodera de los discursos de este insigne español, tan pronto como se desprenden de sus labios, y en vuelo portentoso los lleva del uno al otro extremo de Europa : el Nuevo Mundo es testigo de la palabra que se dilata por el recinto sacrosanto de las leyes de nuestra antigua madre patria : no le faltan sino la vista y el oído para acabar de admirar y aplaudir al orador, competidor, dicen, de los más renombrados de Grecia y Roma. La vista y el oído, esto es, le falta todo : orador escrito es muy diferente cosa de orador hablado : ojos, cara, semblante en general, acción, manera, rasgos son que dan cuerpo á ese gran artista de ideas y sentimientos del ánimo. Sin la parte física, el orador no es sino retrato de sí mismo, figuración muda de las pasiones que están haciendo en el pecho del hombre elocuente ese tumulto sublime con el cual han triunfado para todos los tiempos Demóstenes y Cicerón. En la oración *pro Ligario*

este orador se apodera del alma del juez, y la sacude, y la sube en alto, y la dispara al cielo, y la atrae nuevamente, y la empuja al abismo, y se juega con ella moviéndola por medio de hilos y resortes puestos en sus manos por las divinidades del Olimpo. Julio César, pálido, trémulo, perdido, no sabe lo que se haga : viénensele á tierra sus papeles : los dedos, en crispatura irreducible, se le encogen, se le abren : gruesas gotas de sudor inundan su frente : el corazón acelera sus latidos; y el orador, tronando, relampagueando, arrullando, llorando con la garganta, poniendo las pasiones en música encantada, consume su obra : al fin del discurso, su cliente queda absuelto. » Y César había dicho poco antes : « Tiempo ha que no tengo el placer de oír á Cicerón : importa poco que me allane á oírle hoy día : Ligario está irremisiblemente condenado : diga lo que quiera Marco Tulio, nada podrá conmigo. Y pudo todo. Si esa oración vista, oída, tocada, gozada con todas las potencias, hubiera sido leída por César lejos del orador, ¿hubiera alcanzado el propio triunfo? No lo creo. Al poeta no necesitamos verle; al orador sí : orador sin palabra, orador escrito, es rayo sin estallido; y el trueno es lo principal en este grandioso fenómeno de la naturaleza. Los que no han oído á Castelar, no le conocen, me han dicho españoles y viajeros : Castelar en periódico, Castelar en libro, no es Castelar en tribuna. La oratoria, entre las artes liberales, será siempre la más noble y poderosa. ¿Cuál será la importancia de la acción, cuando en el Areópago no le era dado al defensor de un reo hacer su defensa sino á obscuras? El orador impreso de nuestros tiempos es el areopagita elocuente á obscuras : Justicia exigía que á la elocuencia se le cortasen las manos y se le reventasen los

ojos : así era estatua inmóvil sin más armas que la lógica sin entrañas. La acción es el cuerpo de la elocuencia; y aun por eso un célebre trágico producía los más terribles efectos sin articular una palabra, tan solo con el gesto y los ademanes. Viéndole estoy á Castelar, sin conocerle : su robusto pecho sale afuera : su cabeza, si melnuda, como la de Mirabeau; si calva, como la de Cicerón, se levanta sobre los hombros regiamente : su mirada rompe el espacio, y señala allá en el tiempo el triunfo de la libertad y la justicia : sus brazos caen como palancas poderosas en ademán apasionado, sus manos se hunden en el abismo, y de allí sacan arriba las cosas que él quiere poner á la vista de las naciones y las gentes : su voz se ejercita en diapasón infinito, grave, profunda. Si consejos de la razón, Méntor vivo : si lástimas y desgracias de los pueblos, padre atribulado : si orgullos nacionales y soberbias patrióticas, águila irritada : si triunfos y alegrías, Apolo radioso : si enternecimiento y amor, flauta gemebunda : si cólera, trueno : si muerte, sepulcro con voz humana. El orador perfecto coge la esencia; esencia de las ideas, esencia de las pasiones; y subido siempre en lo más alto, es grande, amable personaje que conmueve y convence para bien del género humano. Si algún día veo á Castelar en la tribuna, tendré barruntos de lo que habrán sido Demóstenes y Cicerón en medio de un mar de gente colgada de sus labios.

Como escritor, Castelar es de los primeros : su estilo, como para sus ideas : arriba, arriba, siempre arriba. Los grandes talentos son electricidad ascendente : buscan su origen en las nubes, y de las nubes al cielo. El lenguaje de este escritor no es para menos : largo, resonante, puesto en

secciones graves, donde la armonía va y viene. Teófilo Gautier se alababa de que no había en Francia sino un hombre que le llevara en punto á vocabulario y pureza en el decir : éste era Víctor Hugo. Hugo, en sus ochenta años, ha leído cien veces el precepto de Cicerón y Quintiliano en orden al lenguaje : la pureza del idioma es requisito indispensable para la inmortalidad de las obras del ingenio. Castelar tiene en poco esta parte de la elocuencia, y comete un error. Joven es : sus oraciones y obras maestras de la edad propecta vendrán, sin duda, con el sello de las Musas, y podrán arder como el hogar de Vesta, donde no había echar combustible que no fuera puro. El carbón que recibe la lumbre sagrada debe ser legítimo, de nuestra mina : ¿por qué ir á tomarle, como San Agustín, sus peras al pobre, cuando las tenemos tan ricas en nuestro huerto? Las manchas del sol están ahogadas en un mar de luz : fuera dé este desvío, común con el rey de los astros, Castelar le satisface plenamente á Horacio, y podemos llamarle genio, porque se expresa en noble y sublime manera. Ya es inmortal : cuando muera, su asiento está entre los grandes oradores de nuestros tiempos, Chatham, Burke, Mirabeau, Berryer. Allá irá también Gambetta, cíclope formidable, personificación de un gran pueblo que se va cayendo y levantando tras el espectro de la antigua Roma, como Napoleón se va tras la sombra de Julio César, según que dice un bello peregrino del Parnaso.

Andan fuera de camino los que afirman que genio, en sentido de alta inspiración, numen excelso, inteligencia sobrehumana, es galicismo. Horacio nos ha hecho ver que los latinos fijaban ahora dos mil años la propia diferencia

que hoy fijan los franceses entre genio é ingenio. Los españoles, es verdad, con menos aviso, no tomaron ese primor de la lengua madre; mas no habiéndolo tomado en su cuna, ¿no han de poder tomarlo en ningún tiempo, ni hacer de él uso grande y necesario? Nuestros clásicos del siglo de oro, de alguna manera habrán puesto por escrito la idea que hoy damos á entender con el término que nos recuerda el *entelechia* de Aristóteles : ciertamente, y era llamar pro-hombre ó grande hombre al que sobresalía entre los sobresalientes, cuándo con la pluma, cuándo con la espada, cuándo con el éxito feliz en las empresas que daban por resultado grandes obras ó descubrimientos inauditos. Harto expresa este modo de decir; mas todavía es cierto que entre un grande hombre y un genio hay notoria diferencia, obrando en favor del segundo una idea vaga de maravilla que no alcanza el primero. Todas las lenguas modernas tienen el *grande hombre*, y ninguna ha dejado de adoptar el *genio* de la francesa, sin rehusarse á la admisión de un vocablo que en realidad lo toman de la latina. Mas demos que fuese invento y riqueza del francés esta grandiosa palabra de sentido tan elevado y extenso; ¿era ésta razón para que nos priváramos de esa clavija de oro de la inteligencia? « Tan dignos de censura son los que embadurnan el lenguaje con voces extranjeras que no necesita, dice Clemencín, como los nimios puristas que no aciertan á consentir un galicismo ». Y galicismos son ahora para los poco leídos los cortes y maneras de decir que ya fueron de nuestra lengua, y por incuria ó estrechez de los escritores modernos han caído en desuso lamentable. Muchas de las que los doctos sin caudal antiguo tienen por maneras y voces galicanas, son elegantes arcaísmos : por

poco que andemos agua arriba los hallamos en *El conde Lucanor*, el poema del Cid, Gonzalo de Berceo y otros autores que no iban á formar su lengua con los elementos de ese embrión ordinario de los galos, mas aun con propios y cultos que, volando del Lacio, venían á posar en los términos de Castilla. En tiempos posteriores, cuando la lengua española daba limosna á manos llenas á la vecina, reinaron frases y modismos, torneos de la expresión y vocablos que hoy, cultivados esmeradamente por los franceses, parecen autóctonas de su suelo, cuando nosotros, gracias á nuestra ignorancia, no los reconocemos por abolengo de nuestro idioma, sino como hijos exclusivos del ajeno. Esa preciosa síncopa expresada por el *hi* de los escritores primitivos, que quiere decir allí, en ese lugar; ese *ca* breve y sonoro que tan malamente hemos sustituido con el *porque* importuno, hoy serían galicismos para los ignorantes, hallándolos, como los hallan, en francés en forma de ese *y* y ese *car* tan socorridos, significantes y de natural y cómodo provecho. La pureza de la lengua es su cultura : sin etimología, no puede haberla sabía : los neologistas arbitrarios que forjan en el seno de la nada sus vocablos sin el elemento requerido, son bárbaros que hacen irrupciones de hunos y vándalos en el idioma : el hábil tanteo de los varones provecos que lo enriquecen sin perjuicio de la esencia ni la forma, ejemplo es digno de imitación. Don Gaspar de Jovellanos, el más entendido, culto y elegante de cuantos son los escritores modernos de la lengua castellana, ha mirado con desdén esa mezquindad pueril con que algunos de sus compatriotas dan por periculado el término del perfeccionamiento de la lengua. Jovellanos es sabiamente audaz : si su falta de escrúpulo ocurriera sin

cordura y sensatez, sus galicismos fueran barbarismos, y él no estuviera allí presentado como el modelo de los buenos y grandes escritores. Hagamos un solo autor de Jovellanos y Capmany, y el resultante será el escritor perfecto : el uno con su franqueza tal vez extralimitada, el otro con su rigurosa intolerancia, pasan los términos de lo razonable : las sabidurías de esos dos insignes españoles, corregida la una por la otra, dieran por resultado un fray Luis de Granada cual lo requieren nuestros tiempos.

*Mens agitat molem*, la inteligencia remueve el mundo : el genio, lo levanta y pesa en la mano : alarga ésta sobre las estrellas, y las mide : pone el dedo en el foco del sol, y calcula la intensidad de su fuego. Newton, adivinando en sus éxtasis científicos el sistema del universo, fijando la ley de la gravitación, es un genio : Copérnico, disponiendo los movimientos de los astros de modo que en sus revoluciones por sus órbitas no se estrelen unos con otros, es un genio : Cristóbal Colón es un genio : ha forzado con su voluntad rompiendo las barreras de la tierra, y echando abajo las Columnas de Hércules, se ha metido en el vacío. Allende ese vacío existe un mundo : nadie sabe que existe y ese hombre lo está viendo. Se engolfa en mares sin orillas, se pierde en el abismo, va á parar en la inmensidad de la nada. ¿La nada? Allí, allí, allí está lo que él buscaba : ¡ gloria á Dios en las alturas ! ¡ gloria, gloria al hombre excelso, gloria al genio !

Un mortal convertido en águila se encumbra arriba, pasa el aire, se mete en las nubes, y en sus negras entrañas se apodera del rayo y lo encadena : de hoy más, el rayo bajará por vía conocida, la electricidad gemirá en el cala-

bozo donde ese mortal le señala para la muerte. Franklin es un genio. Samuel Morse, sirviéndose de ella para conductor del pensamiento, volviendo agente de vida el de ruina, es un genio. Un genio Syrus Field; Fultón un genio. Á los grandes descubridores, esos que buscan de propósito en el seno de lo desconocido, y hallan las cosas nuevas con que nos asombran, parece convenir más que á todos el dictado de genio. Los creadores singulares que ordenan en su cabeza mundos fantásticos, y los echan afuera en grande, bella forma, son también genios. Epopeyas, obras perfectas del arte, victorias admirables, fruto son del genio que se anda agitando por el mundo en esa como locura profética con que David danzaba en torno del arca santa. El *algo de divino* de esas ciertas enfermedades de que habla el médico de Coos; la *violencia de la oración* con que una sublime arrepentida se levantaba al cielo, son caracteres del genio : este enfermo piensa, siente, padece, produce con violencia : el grano de locura que está enfureciendo santamente su espíritu, es el algo de divino de esas ciertas enfermedades de Hipócrates. Estos enfermos son los predestinados de Dios para el acabalamiento del género humano : su acabalamiento es la civilización en medio de la virtud; y civilización no es otra cosa que la moral ilustrada y ampliamente difundida : los enfermos de Hipócrates son los grandes moralistas : moral es la aproximación á la causa primera de las cosas, á la luz infinita; y á ella propenden los filósofos, los sabios, los descubridores, los poetas, los héroes que consuman sus hazañas por los grandes principios, y en falange prodigiosa, todos juntos, se van al encuentro de los siglos, al grito de los cruzados : ¡ Dios lo quiere !